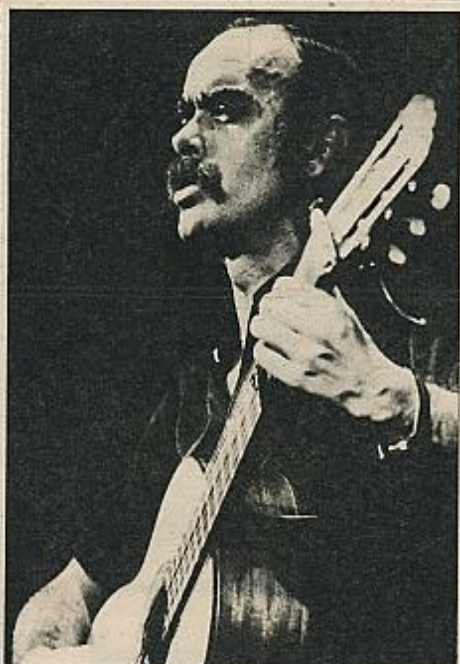


desfavorable o favorable, aunque ésta incide en mí de manera ineludible, lo cual tampoco evito. Una canción no abre puertas, pero afirma la voluntad de abrirlas. Ahora, aunque viajo frecuentemente, resido en Andalucía, lo que frena bastante mi posibilidad de trabajo. Sé bien que si estuviera en Madrid o Barcelona recogería mayor cosecha, pero no quiero convertirme en un emigrado, más aún cuando la mayoría de los sitios en que cantó están fuera de mi tierra. Por mí no cantaré más que en Andalucía hasta saberme la de memoria, y algo voy consiguiendo ya. Y si resido aquí es porque no quiero añoranzas, ni sociales, ni culturales, ni geográficas. Estas me dan miedo, porque a veces llegan a desvirtuar la realidad. ■ FRANCISCO ALMAZAN.



J. A. Labordeta.

manecer, dando todo lo que pueda a sus compañeros, a sus coetáneos. Musicalmente, Labordeta recoge los aromas de su tierra, y los transmite fielmente a sus partituras: Si el ambiente de su Aragón natal no es excesivamente optimista, si las condiciones de aquel país no se prestan a la alegría, no es culpa de Labordeta el que sus canciones adquieran un matiz entre trágico y grave. No es la suya una canción fácilmente asimilable ni digerible para los bienpensantes; la suya es una canción que remite más bien a los síntomas y a los efectos que ha tenido una cierta planificación económico-social en su tierra. Y que, en todo caso, quiere sintonizar —y lo hace— con las víctimas de esta situación.

En estas circunstancias, el LP de este señor resulta «no radiable» por las pulcras y limpiadas ondas de las emisoras nacionales. Excepto algún que otro tema, los castos oídos de esta generación no están en condiciones de escuchar algún que otro tacho —inocente por demás, como el muy aragonés «coñe», ni tampoco de asistir a las narraciones que el cantor nos hace como testimonios de la vida popular y auténtica de sus vecinos. Nuevamente, pues, la voz de un es-

pañol queda quebrada por el simple hecho de intentar decir «verdades como puños», verdades que, por otra parte, no ofenden a casi nadie y que son secretos a voces. Asimismo, la absurda contradicción de que alguien pueda comprar este disco y oírlo tranquilamente en su casa, y en cambio no puedan pincharlo los encargados de transmitir comunicación por las emisoras, esta contradicción, digo, se perpetúa, y cada vez con mayores visos de convertirse en una postura generalizable, que poco a poco —por la fuerza de la costumbre— empezamos a admitir y a consentir, con la gravedad que esto conlleva.

Volviendo al contenido del disco de Labordeta, el cantante —hermano de Labordeta, el poeta, Miguel, al que ya dedicara alguna canción anteriormente—, hay varios tipos de composiciones en su interior: algunas son nuevas, otras son producto de la labor del cantante en contacto con las gentes de su entorno geográfico; aún hay otras que proceden del primer quehacer del escritor, hace ya varios años. Pero más que su situación cronológica, importa resaltar sus temáticas y sus objetivos: algunas son canciones puramente cinematográficas, en el sentido de recoger as-

pectos de una realidad cotidiana; otras son reflexiones sobre el pasado, presente y devenir de una tierra abandonada, como la de Aragón; hay algún que otro homenaje, como el dedicado a una voz universal después de asesinada, la de Víctor Jara, y hay, fundamentalmente, canciones de solidaridad y de llamada a la labor conjunta, así como de participación y sentido comunitario. Entre estas últimas se sitúan, a mi modo de ver, las mejores conquistas de la colección de temas sobrios, directos y tremendamente eficaces que nos propone Labordeta. Títulos como «No cojas las acorollas» (referencia a los frutos de cierto árbol) o el «Canto a la libertad», que cierra de forma rotunda el 33 revoluciones por minuto.

Si musicalmente el disco de Labordeta peca en ocasiones de ligeramente monótono y repetitivo, la fuerza que despliega en la mayoría de los temas no sólo resuelve este conflicto, sino que lo anula por completo, hasta el punto de reconocer que estamos ante uno de esos productos sonoros que en un futuro mejor nos remitirán indefectiblemente a una época presente que está hecha de barro y de nubes. ■ ALVARO FEITO.

por encima de nacionalidades y otras circunstancias, ese problema queda muy bien planteado en los cinco pintores en quienes la exposición se concreta: los españoles Jorge Castillo y Juan Barjola; los argentinos Rómulo Maccio y Ernesto Deira, y el judío polaco Maryan. Como introducción a esa exposición, la galería ha elegido, con muy buen criterio, un breve fragmento del libro «Nuevas tendencias en la pintura», del que es autor mi amigo el doctor argentino Aldo Pellegrini y donde se plantea excelentemente el problema de la entidad de la llamada «nueva figuración».

Cinco pintores de la «nueva figuración»

Galería Ruiz Castillo. Madrid.

Pero, ¿qué es lo que queremos decir cuando decimos «nueva figuración»? me preguntaría yo ahora, al margen de la respuesta, más elaborada, de Aldo Pellegrini. Queremos decir una figuración «nueva», precisamente nueva. ¿Nueva por qué? Nueva por venir después de... ¿De qué? Después de «la abstracción». A mi modo de ver, y resumiendo hasta lo insensato, la cuestión, desde mi punto de vista, puede plan-

tearse así: La llamada «abstracción» no negó a la realidad: negó precisamente a la figuración, a la cual, y por sí misma, no le concedió entidad de realidad. La realidad, en ese arte al que llamamos abstracto, quedó, pues, situada al margen de la representación —es decir, de la figuración—, y se transmitía o bien por un arte de la dimensión —formal o geometrizable—, o bien por un arte de la expresión —expresionista o para-surrealista en cualquiera de sus infinitas formas—, pero siempre «abstracto», es decir, no-figurativo. Claro que continúa existiendo un arte figurativo, pero casi siempre situado al margen de la problemática abstracta. Hasta que llegó el arte de la nueva representación. Es el arte que o bien ha pasado por la negación figurativa, o, de alguna manera, mantiene en su genealogía el recuerdo de esa negación. ¿Y qué es lo que afirma? Afirma algo muy sencillo: Afirma que si la realidad estaba al margen del hecho figurativo, también podía estar dentro de él. Es decir, la nueva figuración viene a hacer lo mismo que antes realizó la llamada abstracción con respecto a la realidad. La vieja abstracción rechazó a la figuración, pero reivindicó a la realidad. La nueva figuración reivin-

DISCOS

José Antonio Labordeta: cantar y esperar

Estamos ante el segundo disco de larga duración de José Antonio Labordeta, tras de aquel «Cantar y callar» que se publicara hace un año por la casa Edigsa. Ahora, esta continuación de su obra recibe un nombre igualmente significativo y paradigmático (1).

Labordeta pertenece a un distinto género de cantantes en nuestro país. No es ni una estrella, ni un divo, ni nada que se le parezca. Es un hombre —un poeta, un escritor, un profesor de Segunda Enseñanza, un compositor— que viene de abajo, y que abajo quiere per-

(1) Labordeta, «Tiempo de esperar». Movieplay, Serie Gong. S-32.675.

ARTE

La galería Ruiz Castillo tiene ahora abierta una exposición muy interesante —que a mi por lo menos me interesa mucho—, cuyo título es «Cinco pintores de la nueva figuración». Interesa mucho esa muestra por una razón: porque, sin proponérselo, deja planteado un problema, el de la entidad de eso que llamamos «nueva figuración». A mi me parece que,



Composición de Barjola.